

Un espeso muro de silencio: de la relación entre una «identidad débil» y la invisibilización de las lesbianas en el espacio público²

A thick wall of silence: the relation between a «weak identity» and the invisibilization of lesbians in the public domain

RESUMEN

Un tema recurrente de preocupación de las lesbianas es el de su menor presencia pública que los gays. En este trabajo argumento que la visibilidad pasa, entre otras cuestiones, por la identidad. En el caso de los varones, su mayor visibilidad ha supuesto una mayor represión pero a la vez un cierto reconocimiento de su condición, lo cual a su vez crea identidad. En el caso de las lesbianas, tomaremos como hipótesis de partida su «débil» identidad, lo cual influirá negativamente en su visibilidad. Se apuntarán algunas razones de esa supuesta hipoidentidad, examinando en particular los procesos de socialización de género. El resultado nos ilustrará sobre por qué históricamente ha resultado a menudo suficiente para invisibilizar a las lesbianas el ejercicio sobre las mujeres de controles sociales informales en detrimento de los controles sociales formales.

Palabras clave: identidad, (in)visibilidad, represión, socialización de género, controles sociales formales, controles sociales informales.

ABSTRACT

Lesbians are quite concerned about having a lesser public presence than that of gays'. In this article I argue that visibility is mediated, among others, by identity issues. The greater visibility of males has brought on the one hand greater repression against gays but a certain recognition as well, which, on the other hand, creates identity. Regarding lesbians, we start with the hypothesis of a «weak» identity which will influence visibility in a negative way. Some reasons for this low identity profile will be disclosed in this article, in particular those related to gender socialization processes. The results will show why historically speaking the invisible use of informal means of social control rather than those of more visible formal social control have often been enough to make lesbians invisible.

1 Universidad Nacional de Educación a Distancia.

2 Participa en el Proyecto I+D+I 140/07.

Key words: Identity, (in)visibility, repression, gender socialization, formal and informal social control.

SUMARIO:

1. — Introducción. 1.1. — *Identidad, invisibilidad y bi(pluri)sexualidad*. 1.2. — *La «débil» identidad de las lesbianas*. 2. — *Represión, reconocimiento y visibilidad de los varones*. 3. — *Invisibilidad estructural de las lesbianas bajo el franquismo*. 3.1. — *Razones exógenas del silenciamiento*. 3.2. — *Razones endógenas del silenciamiento*. 4. — *La reproducción de la identidad (de género) (o la asunción de valores «femeninos»)*

Introducción

El lema del Orgullo LGTB 2008 (que no orgullo «gay»)³ se ha decantado «Por la visibilidad lésbica», lanzando «un mensaje unánime a favor del empoderamiento de las lesbianas». La celebración del Orgullo 2008 se realiza en el marco del Año de la Visibilidad Lésbica en España⁴.

Un tema recurrente de preocupación de las lesbianas –y lo anterior nos muestra que el conjunto del activismo LGTB lo ha asumido– es el de su menor presencia pública que los gays⁵. No hay manifestación cultural, callejera o actividad comercial en que la visibilidad masculina no sea mucho más fuerte que la femenina. Surgen los comentarios –es que no hay chicas que den la cara y con los chicos ya se sabe, lo copan todo, necesitamos nuestro propio espacio porque si no nos comen, es la misoginia latente etc.– más o menos quejumbrosos o enfadados. Pero el « victimismo » no conduce a nada positivo más allá de la toma de conciencia del problema. Por lo tanto, nos parece más productivo analizar posibles razones de este hecho y encaminarnos hacia una estrategia de «sujetos», explorar qué puede estar sucediendo para que esta queja sea realmente un dato.

En este trabajo pretendo argumentar que la visibilidad pasa, entre otras cuestiones, por la identidad. En diversos escritos Beatriz Suárez Briones (1997 y 2001) nos alerta acerca de romantizar en exceso la identidad entre las mujeres, y más en particular entre las lesbianas. A partir de los años ochenta del pasado siglo otras formas de diferencia –la clase social, la raza, la nacionalidad, la edad, la religión o la orientación sexual– fueron finalmente tenidas en cuenta en contra de una falsa universalización de la identidad: igual que se vio que no había una sola categoría de mujeres tampoco había una única

3 «Bueno, es la primera vez que participo en la redacción del manifiesto del Orgullo LGTB (que no Orgullo Gay, leñe)... » comienza una noticia enviada en la lista de correos de [info-felgt] Noticias LGTB 12-4-08. <http://www.activistasfelgtb.es/blog/?p=19>.

4 [info-felgt] Noticias LGTB 07-4-08.

5 De hecho, las organizaciones LGTB han utilizado el procedimiento de las cuotas para incrementar la visibilización de las mujeres en su seno.

posibilidad de ser lesbiana⁶. Las alertas contra una posición de esta índole vinieron de varios lugares: en 1984 Gayle Rubin polemizaba con Catharine MacKinnon por subsumir género y sexualidad, o, más precisamente, hacer derivar la sexualidad del género. A su vez, el lesbianismo feminista había analizado la opresión de las lesbianas como dependiente de la opresión de género, cuando, en opinión de Rubin, las lesbianas son oprimidas «además» por su específica sexualidad de una forma en que no lo son las heterosexuales (Rubin, 1984: 308). Suárez Briones asigna el liderazgo de este cambio de postura a Gloria Anzaldúa en su libro *Borderlands/La Frontera* (1987), donde el mestizaje y la ubicación en los márgenes se proclama como la posición del sujeto. A principios de los noventa en *Gender Trouble* Judith Butler abunda en la postura previa de Rubin, defendiendo una distinción analítica entre género y sexualidad, rechazando un vínculo causal o estructural entre ambos y alertando sobre la presunción de heterosexualidad que subyace en el planteamiento de MacKinnon (Butler, 2001). Más localmente, Viñuales (2000, 2006) primero, y diversas autoras *queer* después –Beatriz Preciado, 2002 y 2008; Fefa Vila, Carmen Romero Bachiller, Gracia Trujillo Barbadillo y Silvia García Dauder, entre otras– han problematizado la uniformidad de las identidades sexuales.

Identidad, invisibilidad y bi(pluri)sexualidad

Más allá de eso, en este trabajo partimos de la hipótesis de una identidad lesbiana menos estable que la de los gays, que suelen tener una identidad más definida y desde más temprana edad que las chicas, cuyas biografías son con frecuencia más cambiantes, oscilantes o fluctuantes –términos a elegir– respecto al sexo de su pareja sexual que la de los chicos y por tanto les resulta menos plausible estar ligadas a una identidad siempre igual a lo largo de la vida. De hecho, de entre las 263 personas que respondieron a un cuestionario elaborado por José Ignacio Pichardo, mientras que un 17% de los varones no se identificaban con las categorías homosexual/bisexual/heterosexual, este porcentaje ascendía al 36% de las mujeres (Pichardo, 2008). Gimeno, por su parte, encontró que, entre las mayores de 35 ó 40 años, casi todas habían tenido relaciones con hombres, muchas las seguían teniendo y conservaban una relación principal con un hombre a pesar de tener amantes mujeres (Gimeno, 2002).

Como factor coadyuvante cabría añadir, como señalaba Kate Millet en los años setenta, «la línea política, inflexible como un decreto fascista, (que) señala

6 Un pionero en este sentido fue en los años 50 Alfred Kinsey, cuyo impulso inicial culminó en el Informe Kinsey sobre Homosexualidades (Bell y Weinberg, 1978), en el que se establecía una escala entre homosexualidad y heterosexualidad con seis grados de prácticas/identificación posibles, que rompía de facto el binario absoluto de «homosexual» o «heterosexual».

que la bisexualidad es un escapismo» (Pessarrodona, 1977: 40)⁷. Aunque el planteamiento *queer* ha venido a romper un tanto el monopolio de la superidentidad sexual, el caso es que todavía hoy la bisexualidad, a pesar de su fuerte presencia sobre todo entre las chicas⁸, goza de escaso prestigio, tal y como lo expresaba Judith Butler (2001: 25): «Sigo albergando la esperanza de que las minorías sexuales integren una coalición que trascienda las categorías simples de la identidad, *que rechace la tachadura de la bisexualidad*, que contrarreste y desvanezca la violencia impuesta por las normas corporales restrictivas» (cursiva añadida). Todo ello contribuye a que a las chicas les resulte más difícil identificarse públicamente como lesbianas si andan entrando y saliendo de esa condición con mucha más frecuencia que los chicos. Ello redundará, lógicamente, en una mayor invisibilidad en cuanto tales.

La «débil» identidad de las lesbianas

A este propósito mencionaba recientemente Empar Pineda (2008) cómo el tema de la invisibilidad, que era uno de los que preocupaba a los colectivos de lesbianas en la década de los 80, continuaba teniendo vigencia, según acabamos de comprobar al principio de este artículo. La explicación que se suele manejar viene expresada por Beatriz Gimeno, que expresa un sentir generalizado: «nuestra discriminación (como lesbianas) tiene más que ver con el género que con la orientación sexual»⁹, es decir, por el hecho de ser mujeres. Desde Althay, organización canaria contra la discriminación homosexual, se sostenía la misma idea: que las mujeres lesbianas sufren en mayor medida que los varones la discriminación «por su condición de mujer y por lesbianas»¹⁰, y ello justificaría las mayores dosis de invisibilidad con respecto a los varones gays.

Pero tanto la construcción como la negación del lesbianismo son opciones sociales que necesitan ser explicadas en contextos determinados. A las habituales dificultades por el hecho de ser mujeres en un mundo masculino –en el

7 Pessarrodona escribe sobre el libro *Flying* (Ballantine Books, 1974) de Kate Millet, traducido como *En pleno vuelo* (Madrid: Hacer, 1990), especie de autobiografía erótica en la que relata sus experiencias con las mujeres. Pessarrodona relata, tomado del libro, cómo en 1970 se produce la espinosa pregunta: «Conteste; ¿Es usted lesbiana, sí o no?... Esa palabra en público, esa palabra que esperé oír durante la mitad de mi vida. Al fin me han acusado...Si. Sí, dije. Sé lo que ella quiere decir. La línea política, inflexible como un decreto fascista, señala que la bisexualidad es un escapismo. Sí, dije, sí, soy lesbiana».

8 Beatriz Gimeno (2002) encontró que, a diferencia de las mujeres mayores, las jóvenes no habían tenido relaciones con hombres aunque, al mismo tiempo, sólo las jóvenes se declaraban bisexuales, añadiendo: «Es decir, la identidad bisexual antes no existía y ahora hay muchas muy jóvenes que se dicen bisexuales» (Comunicación personal, abril 2008). Pichardo (2008), sin embargo, constata la persistencia del desprestigio de la bisexualidad a través de los relatos de las mujeres por él entrevistadas.

9 Benito, Emilio de: «Islores de tolerancia», *El País*, Sociedad, 17 de junio 2006.

10 Listanoticias@felgt.org <listanoticias@felgt.org> 31 MARZO 2008 [info-felgt] «Althay participó en la III Feria del Deporte de Fuerteventura».

mundo laboral, profesional, en la consideración social de los hombres hacia las mujeres etc., y a la noción de que las lesbianas como colectivo tienen lo que podríamos llamar como una identidad «débil», cabría añadir «el tremendo problema de las dependencias afectivas hacia padres y madres como factor determinante en no atreverse a *dar la cara*» (Pineda, 2008). Todo ello redundaría en que a las mujeres les resulta más complicado salir del armario. A la búsqueda de posibles razones de por qué la invisibilidad de las lesbianas pasa por cuestiones de identidad dedicaremos el grueso de este trabajo. Para ello señalaremos cómo, para los varones, su mayor visibilidad ha supuesto una mayor represión pero a la vez un cierto reconocimiento de su condición, lo cual a su vez crea identidad. En el caso de las lesbianas, históricamente ha resultado a menudo suficiente el ejercicio sobre las mujeres de controles sociales informales en detrimento de los controles formales para invisibilizarlas. Apuntaremos como una posible explicación –no excluyente de otras posibles– a los procesos de socialización de género provenientes del psicoanálisis pasados por la teoría de las relaciones de objeto desarrollada por Nancy Chodorow.

Represión, reconocimiento y visibilidad de los varones

Nuestra sociedad es penalizadora y controladora aún en la actualidad –si no lo tuviéramos claro bastaría con ver el tratamiento criminalizador que se está haciendo de la prostitución– y lo ha sido aún más en el pasado. En otro trabajo (Juliano y Osborne, 2008) hemos explorado dos posibles formas de control social: el control social formal y el control social informal, en mutua interrelación. En España, desde la Restauración en adelante se consagró el ideal de «la perfecta casada», por el que la familia, el matrimonio, la maternidad y la domesticidad en general constituían el máximo horizonte en la realización de la mujer. Los controles formales –discriminación y sanción jurídica– fueron muy importantes durante la Restauración, disminuyeron durante la Segunda República y volvieron al primer plano bajo el régimen de Franco. Los controles sociales informales han tenido siempre, por otra parte, mucha fuerza a causa del poder de la Iglesia y su influencia en la educación y en la socialización de las mujeres para el acatamiento de la autoridad masculina. Valores, pues, internalizados por las mujeres (Nash, 1989).

En los albores del franquismo, el psiquiatra filonazi Antonio Vallejo Nágera propuso y recibió el encargo de psiquiatrizar a la disidencia¹¹. Entre 1938 y 1939 realizó diversas investigaciones con el fin de examinar «las raíces psicofísicas del

11 En 1938 Franco acepta, a propuesta de Vallejo Nágera, la creación bajo su dirección de un «Gabinete de Investigaciones Psicológicas de la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros», que emprendió inmediatamente un proyecto de investigación titulado «Psiquismo del fanático marxista».

marxismo», llegando a la conclusión –de la que partía como hipótesis– de la identificación entre disidencia política e inferioridad mental. Para los «inferiores orgánicos y psíquicos» propone su segregación respecto del resto de los mortales por medio del internamiento «en penales, asilos y colonias... con separación de sexos» (Vinyes, 2003: 39). En sentido amplio, la psiquiatría franquista, liderada por esta clase de magisterio, medicaliza completamente «el estudio y el tratamiento de la enfermedad mental a través de explicaciones puramente organicistas y de terapias predominantemente biológicas (trepanaciones, leucotomías, lobotomía, electroshocks y electroterapia) y del encierro manicomial» (Vázquez y Mengíbar, 1997: 174-175; Álvarez Uría, 275-279). Utilizando terminología foucaultiana se puede señalar que con el franquismo tiene lugar un retroceso, respecto del período republicano, en las tecnologías políticas de regulación (la educación sexual de la población, entre otras) y se reactivan los mecanismos más directamente disciplinarios (Vázquez y Mengíbar, 1997). En los años sesenta se incrementa la alarma ante los cambios habidos en España y se produce un auge de las terapias aversivas. Arnalte (2003: 83-88) cuenta la historia de Jordi Grisot, un barcelonés que, a finales de los años sesenta, decidió someterse voluntariamente a una terapia de aversión para dejar de ser homosexual (*Vid.* asimismo Baidez Aparicio, 2007: 63-69). Todavía en la segunda mitad de los setenta Antoni Ruiz¹² pasó tres meses en el penal de Badajoz, una de las cárceles que el régimen había preparado para «curar» a los gays: «Era la época del electrochoque y las terapias aversivas, que consistían en secuenciar imágenes con hombres y mujeres, propinando descargas eléctricas al homosexual cuando aparecían hombres», cuenta Ruiz¹³, que ha relatado asimismo su experiencia en el libro de Arnalte. Aunque la posible concreción de esta represión está por estudiar en general, y más aún en el caso de las mujeres, Beatriz Gimeno (2005) escribió una novela, *Su cuerpo era su gozo*, sobre el caso de dos lesbianas cuyo amor fue reprimido brutalmente en las postrimerías del franquismo por medio del internamiento y administración de electroshocks durante años a una de ellas en un psiquiátrico y la amenaza de cárcel a su compañera¹⁴. Al menos en los casos de Grisot y el relatado por Gimeno, familiares y médicos les habían inducido para someterse a este tipo de terapias aversivas.

Junto a la consideración de la homosexualidad como comportamiento patológico, bajo el franquismo se le ha imputado «peligrosidad» a la homosexualidad masculina, atributo importante del modelo viril. Recordemos que, junto a la imprecisa figura legal del «escándalo público», la Ley de Vagos y Maleantes, de anterior origen pero que fue repuesta en 1954 y que incorpora por primera vez entre los represaliables a homosexuales y desviados sexuales, fue otra de las

12 Fundador de la Asociación de expresos sociales.

13 Natalia Junquera, «Homosexuales peligrosos», *El País*, 27 de diciembre de 2007, España, p. 25.

14 Sobre el mismo hecho Juan Carlos Claver hizo una desgarradora película, *Electroshock* (2006).

herramientas para la sistemática represión de la homosexualidad masculina¹⁵.

Con la promulgación en 1970 de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social se actualizaba para los homosexuales la represión legal que ya venían padeciendo, y se penalizaba legalmente a las prostitutas –a pesar del Decreto de 1956, por entonces vigente, que había consagrado jurídicamente el abolicionismo en España–, entre otros colectivos marginados, con «medidas de seguridad», que suponían un internamiento de enorme indeterminación –desde algunos meses a varios años en centros especiales o, directamente, en prisiones–. Con ambas figuras delictivas se castigaba, de entre los «desviados sexuales», fundamentalmente a los varones homosexuales, a los travestis y a las prostitutas, *pero no a las lesbianas*, que sólo muy excepcionalmente fueron confinadas bajo esta ley.

Se reprimía, pues, más brutalmente la homosexualidad masculina, es cierto, pero ello mismo implicaba un cierto reconocimiento en negativo, con la asignación de cualidades viriles como peligrosidad y agencia. En consecuencia, podemos aplicar aquí el principio de que no hay acción sin reacción: en los Estados Unidos, si bien primero «fue» el movimiento feminista y, en su seno, el movimiento de lesbianas, la primera gran rebelión visible por parte de la comunidad homosexual surgió de la revuelta de gays y transexuales en Stonewall a fines de los años sesenta a raíz del fuerte hostigamiento al que eran sometidos por la policía. Asimismo, en España, a partir de la promulgación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social de 1970, comienza en Cataluña el movimiento de liberación «homosexual», con una presencia mucho menor de lesbianas que de gays.

Esta fuerte represión –se cuentan por miles los represaliados legalmente bajo el franquismo– confería, como acabamos de mencionar, una cierta carta de naturaleza a la homosexualidad masculina, y ha permitido, por otra parte, rastrearla en la actualidad, y así que los varones gays hayan podido escribir libros denunciando la represión franquista (Arnalte, 2003; Olmeda, 2004; Baidez Aparicio, 2007), reivindicar su memoria histórica con nombres y apellidos y pedir reparaciones morales e incluso monetarias.

Invisibilidad estructural de las lesbianas bajo el franquismo

Razones exógenas del silenciamiento

Para las lesbianas, por el contrario, el franquismo levantó un espeso muro de silencio, por lo que cabría preguntarse: ¿Por qué una sociedad obsesionada con el control de la sexualidad femenina ha cerrado sistemáticamente los ojos

15 Antoni Ruiz, presidente de La Asociación de expresos sociales, me comentaba por teléfono (noviembre de 2007) que en la búsqueda en el ámbito de Barcelona de represaliados bajo esta ley, sólo han encontrado un expediente sobre una lesbiana caracterizada como tal. No obstante, mencionó que igual puede haber otros expedientes pero camuflados bajo eufemismos.

ante esta transgresión mayor, quizás la mayor transgresión posible, a la heterosexualidad reproductiva tomada como modelo válido?

Una posible explicación puede relacionarse precisamente con el cuestionamiento de los modelos de género imperantes. En primer lugar implicaba renunciar a la idea de la pasividad sexual femenina y de su predisposición a «dejarse amar» en lugar de desear y amar por su cuenta. Por otra parte significaba aceptar que en el juego de la seducción los hombres tendrían que aportar algo más que poder económico y político si querían convertirse en objeto del deseo; por último implicaba reconocer que el modelo heterosexual ligado a la reproducción era sólo una de las formas posibles de concreción de la sexualidad. El evitar la polémica pública dificulta la legitimación de la opción transgresora, acalla las argumentaciones a favor (al precio de limitar las argumentaciones en contra) y dificulta las posibilidades de realizar proselitismo o de que algunas personas obtengan un estatus de símbolo o de mártires del sistema (Juliano y Osborne: 2008).

La ausencia de imágenes positivas sobre mujeres lesbianas marca a su vez la orfandad de referentes necesarios para la afirmación de una identidad a contracorriente. Más bien el imaginario está poblado de representaciones negativas, reales o no, pero que las escasas imágenes públicas afirmativas no logran contrarrestar. Así comprobamos la existencia de un círculo vicioso a causa de la escasez de referentes, y si acaso revestidos de negatividad –mujeres masculinizadas, malvadas o infelices marcan los estereotipos al uso–, lo cual impide una identificación deseable. De este modo, las lesbianas huyen de la asociación con esas representaciones, con el resultado de una mayor invisibilización.

La vulnerabilidad económica –a mayor dependencia menor autonomía para actuar como sujeto– también juega un importante papel. Asimismo, dado lo inconcebible que resulta para el imaginario masculino una sexualidad femenina que prescindiera del varón, la proclamación pública de lesbianismo atrae inmediatamente a ciertos varones, convencidos de que lo que le falta a la implicada es un «buen macho» que le haga entrar en razón: «en un estudio realizado a principios de 2007 entre 1.411 estudiantes de secundaria de un municipio madrileño, un 15% de los varones declaraba que si tuviera una compañera lesbiana intentaría ligar con ella» (Pichardo, 2008).

No hay espacio para la autonomía femenina, según Begoña Pernas y Juan Andrés Ligero (2003), quienes describen un fenómeno similar en relación a las situaciones de acoso laboral: la irrupción de las mujeres en la esfera pública del trabajo (y del mundo público en general, de ahí el sentido del piropo) es vivida por los antiguos detentadores del monopolio en ese espacio como una «okupación indebida», merecedora de un acoso que cumple las funciones de marcar la dominación masculina y señalar el intrusismo femenino, rompiendo

la «distancia social» necesaria en el campo de lo público como indicador de respeto (Park, 1924)¹⁶.

Razones endógenas del silenciamiento

Hace años Mercedes Bengoechea (1997) se preguntaba a propósito del libro pionero en los estudios universitarios lesbigays editado por Buxán y en el que ella colaboraba: «¿cuál es la razón del silencio que rodea a la cultura lésbica? ¿Por qué se oyen tan pocas voces de mujer? ¿Por qué sólo hay (en este libro) tres firmas femeninas entre más de una decena de trabajos que versan sobre estudios gays y lésbicos?»

Algunos datos abundan acerca de la escasa presencia pública de las lesbianas: actualmente, a pesar de que una discriminación jurídica ha caído –la imposibilidad del matrimonio por parte de parejas del mismo sexo–, las lesbianas se casan mucho menos que los gays: de los 4.774 matrimonios homosexuales contabilizados a mediados de 2007, 3.190 se celebraron entre hombres, es decir, casi el 67% frente al 33% –1.384– celebrados entre mujeres¹⁷.

Un factor diferencial con los gays a tener en cuenta es la ideología procedente del movimiento feminista –del cual provienen muchas de las lesbianas más «articuladas»–, tradicionalmente muy crítica con la institución del matrimonio. Pero ello no parece explicación suficiente. Gimeno opina que el motivo de esta menor frecuencia de las bodas entre lesbianas «no es porque haya menos lesbianas, sino porque tienen menos necesidad de casarse. Viven en su *invisibilidad* –no es tan extraño que dos mujeres vivan juntas–, y sufren más si *salen del armario*»¹⁸. Ana Monleón describe el mismo fenómeno como el plus de invisibilidad que afecta a las lesbianas, que justifica, en parte, «por la desigual consolidación de la mujer en general dentro de los estamentos de la sociedad y, por otra, por la paradoja que hace de la invisibilidad una suerte de *aislamiento benigno* al amparo del cual muchas lesbianas siguen su vida sin que se sepa la naturaleza real de sus relaciones» (Monleón, 2002).

Por otra parte, un estudio realizado por Begoña Pérez Sancho (2005) sobre el manejo del secreto en familias con algún miembro homosexual parece sustanciar la proclama de invisibilidad que aqueja a la comunidad lésbica. La autora, psicóloga clínica en un servicio municipal de información y asistencia para lesbianas¹⁹, encontró que los progenitores que consultan por un hijo varón triplican a los que consultan por una hija; en ningún caso un padre varón había consultado por una

16 Robert Park acuñó en 1924 el concepto de social distance.

17 El País (2007): «El número de hijos por mujer alcanza su cifra récord en 15 años en España». El País, Sociedad, 4 de julio, p.46.

18 Benito, Emilio de: «Islotes de tolerancia». El País, Sociedad, 17 de junio 2006.

19 Este servicio en Vitoria-Gasteiz es pionero en el Estado Español y financiado íntegramente por una institución pública. Dicho ayuntamiento fue también pionero a la hora de poner en marcha el Registro de uniones civiles.

hija lesbiana. Ello se correlaciona positivamente con los estudios –entre ellos los de Soriano Rubio (1999)– que señalan que los hijos homosexuales varones comunican su homosexualidad a sus familias más que las hijas lesbianas. Según Pérez Sancho, otros estudios norteamericanos indican que el sexo del hijo/a homosexual es un factor diferencial muy fuerte a la hora de la integración de la homosexualidad de ese miembro en la familia, siendo más fácil integrar a un hijo gay que a una hija lesbiana. A ello se une que los hombres revelan antes y con mayor frecuencia su homosexualidad en su entorno (Osborne, 2006).

Un factor que subyace, apuntamos, sería la eficacia de los controles sociales informales como estrategia de silenciamiento, que ha funcionado especialmente bien en el caso de la opción lésbica, porque *coincide*, como ya hemos entrevistado, con el deseo de las mujeres de no hacerse notar y con la endoculturación orientada hacia lo privado, amén de con la responsabilidad de no causar problemas y sufrimiento a la familia. Así el silencio no ha sido sólo un recurso social sino que ha confluido con una estrategia individual que lo reforzaba.

Es más: es tal la internalización de los valores subordinados que se reciben a través de la socialización, que para con las mujeres no parece tan necesario emplear siempre los controles formales porque funcionan de manera muy eficaz los controles sociales informales. Nash ejemplifica esta situación en relación con la despenalización del aborto por la Generalitat en el año 1936: fue un recurso apenas utilizado por las mujeres, entre otras razones, por la asunción de la ilegitimidad del aborto; las mujeres siguieron recurriendo a los abortos clandestinos por no poder reconocer públicamente, a causa del peso de la mentalidad tradicional y del control social informal, haber abortado (Nash 1989: 169).

La reproducción de la identidad (de género) (o la asunción de valores «femeninos»)

Sosteníamos al principio de este artículo la tesis de que la invisibilidad de las lesbianas pasaba de una u otra forma por una cuestión de identidad. Nos interesa entonces aquí acudir a quienes han tratado de hacernos inteligible el proceso de adquisición de la identidad de género, y así comprender alguna de las razones «identitarias» por las que las mujeres desarrollan unas relaciones familiares que les dificultan, más que a los varones, la salida del armario. La consecuencia es el acomodo en la invisibilidad.

A comienzos del feminismo contemporáneo hubo una rebelión contra la generación anterior, especialmente contra las madres, percibidas como figuras castradoras que reproducían los tics patriarcales y no dejaban crecer a las mujeres –muchas de las feministas así lo vivieron: de Beauvoir, Firestone... son a la sazón figuras señeras. Tanta desvalorización maternal condujo, a los pocos años, a reivindicar el vínculo madre-hija, resaltándolo ahora

como la base de la unión entre las mujeres (Echols, 1993: 444). Para ello se recurrió al análisis psicoanalítico del primer amor de las hijas con las madres, que luego vendrá a interrumpir la figura masculina, aunque no del todo –las mujeres nunca se separan y eso imprime carácter, creando una diferente sensibilidad.

A este respecto se conocen situaciones de denuncias de mujeres que tenían relaciones con otras mujeres en las cárceles franquistas. En la prisión de Les Corts en Barcelona, en el año 1941, según recoge el libro de actas de la Junta disciplinaria del centro, dos reclusas fueron sorprendidas cometiendo «actos inmorales» que debían ser severamente castigados. Lo llamativo del caso es que, si bien se trataba de un acto aberrante para la moralidad del régimen, también lo era para la moralidad dominante en la época. Así pues de esa creencia participaban también las presas, y por ello se nos señala que «no es casualidad que fueran sus propias compañeras –y no una monja (...)– quienes sorprendieran a las infractoras y dieran el aviso»²⁰. Algo parecido narraba Tomasa Cuevas, destacada presa política en las cárceles franquistas, quien en sus escritos sobre testimonios de mujeres en las cárceles franquistas, incluido el suyo propio, comentaba, refiriéndose a los años 1939-1940 y a propósito de «las mujeres de la vida»: «Daba asco vivir junto a ellas, porque además, al faltarles la calle, la diversión, eran tan inmorales que incluso había invertidas, llegaban a un descaro que nos vimos obligadas a denunciar algunos casos en la oficina... » (Cuevas Gutiérrez, 2004: 121-122). Vemos así el control social, informal y formal a la vez, en pleno despliegue.

Gayle Rubin (1975), entre otras figuras destacadas, había valorado la importancia del psicoanálisis para explicar la asunción individual del sistema de sexo/género y lograr así explicar cómo se reproduce el género. Pocos años después será Nancy Chodorow (1978) quien subraye la importancia de la figura materna como elemento central en cuanto a la socialización infantil y la consecución de la identidad de género²¹. Chodorow profundiza en la manera en que los sexos internalizan los valores de la socialización de género, reinterpretando desde un punto de vista feminista la visión psicoanalítica del complejo de Edipo.

En su archiconocido trabajo *The Reproduction of Mothering* (1978, 1984) Chodorow se pone las lentes de Dorothy Dinnerstein (1977) para su punto de partida. Dinnerstein comprueba que en todas las sociedades conocidas son las mujeres las que se ocupan primordialmente del cuidado de las criaturas, y por tanto, en el principio de la vida está una mujer. Esto comporta consecuencias diversas para niñas y niños.

20 <http://www.presosdelescorts.org/es/presons>.

21 El sociólogo Anthony Giddens reconoce lo novedoso del planteamiento de Chodorow por cuanto hace descansar en la figura materna el peso de la adquisición de la identidad de género, frente al paradigma freudiano dominante, que prima en este proceso la figura paterna.

Para explicar por qué las mujeres desarrollan sus capacidades para ser madres (trascendiendo el mero dato biológico), comienza Chodorow, no bastan las explicaciones biológicas ni de aprendizaje imitativo. Una orientación psicoanalítica nos ayudará a comprender qué sucede durante la infancia en la familia que tanto condiciona la identidad sexual. En una sociedad en la que lo femenino está devaluado, es lógico pensar que las relaciones de las madres con las hijas sean diferentes a las que sostienen con sus hijos.

Las mujeres, en tanto que madres, producen hijas con capacidad y deseos maternos. Estas capacidades y necesidades se cimentan y desarrollan a partir de la relación madre-hija. Por el contrario, las mujeres en tanto que madres (y los hombres en tanto que no-madres *—as not mothers—*) producen hijos cuyas capacidades y necesidades de atender a los demás han sido coartadas y reprimidas. Ello prepara a los hombres para su menor papel afectivo en su familia posterior, así como para su participación preponderante en el impersonal mundo extrafamiliar del trabajo y la vida pública. La división sexual y familiar del trabajo, en la cual las mujeres son madres y están más implicadas que los hombres en relaciones interpersonales y afectivas, produce entre las hijas y los hijos una división de las capacidades psicológicas que les conduce a reproducir dicha división familiar y sexual del trabajo (Chodorow, 1978: 7).

Que niños y niñas tengan como principal objeto amoroso a las madres y la diferente relación que éstas establecen con ellos en función de su sexo, tendrá numerosas consecuencias en la vida adulta. Sexual y afectivamente, las niñas no romperán nunca esa ligazón originaria con la madre en tanto que primer objeto amoroso y por ello, dice Chodorow, los hombres les resultan emocionalmente secundarios. Al mismo tiempo, las fronteras de su ego no quedarán nunca perfectamente delimitadas. Estos factores contribuirán en gran medida a la adquisición y reproducción de las necesidades relacionales y de las capacidades maternas que luego cumplirán con tanto entusiasmo. Las madres no desarrollan relaciones tan estrechas con los hijos varones quienes, ante una distancia fáctica más o menos acentuada de la figura paterna, han de rechazar todo aquello que suene a femenino, incluso el gran afecto por la poderosa madre. En consecuencia, desarrollarán unas fuertes fronteras del yo que les servirán para adquirir los rasgos adecuados con que manejarse en la esfera pública, pero que les impedirán la fluidez en las relaciones personales y en el mundo de lo privado en general, incluyendo, por supuesto, la capacidad para asumir funciones maternas²².

22 No vamos a relatar aquí las críticas al planteamiento de Chodorow, pero para ello puede consultarse mi libro Osborne, 1993, pp. 136-139. Castells (1998) se hace eco de los planteamientos de Chodorow por su contribución a explicar la dinámica actual de cambio en las familias en Occidente en cuanto al papel emocional secundario de los varones en las vidas de las mujeres y la emergencia de la diada madre-prole como núcleo central de la familia frente a la triada tradicional madre-padre-prole teorizada a través del complejo de Edipo.

Parte de estos argumentos fueron recogidos cuando se perfiló la corriente de lo que se ha llamado «el pensamiento de la diferencia sexual», desde la que se produjo una revalorización de las madres, tanto en los EEUU por parte del feminismo cultural (Osborne, 1993) como en Europa gracias al feminismo de la diferencia francés primero e italiano después (Posada, 1998). De alguna manera este feminismo, al haberle dado la vuelta al principio fálico por un principio materno, lo reivindica como el elemento civilizatorio, vincular entre mujeres, contraponiendo la lógica de la oposición y la jerarquía a un principio de la continuidad y la relación. Se vislumbra así un mundo más armonioso y pacífico, y más acorde con la naturaleza benigna que hoy representa la mirada ecofeminista. En esta línea se ubica Bengoechea, quien propone que se valore la genealogía materna, el estilo femenino de la relación frente a la separación inherente «al proceso de individuación masculina» (Bengoechea, 2004: 107). De este modo, el estilo maternal de relación con los hijos debería ser el modelo de relación social, procurando evitar la interferencia masculina en este proceso.

No obstante, y al hilo de la argumentación que aquí estamos desarrollando, parece entreverse alguna consecuencia no tan deseable del desarrollo emocional fruto de esta hipervinculación materna, como resulta ser la mayor dificultad para una salida del armario «por el miedo a hacer daño a las familias». Así pues, este «estilo maternal de relación», muy positivo en tantos aspectos como el cuidado y la atención hacia los otros, se vuelve en contra de las hijas a la hora de enfrentar ciertos aspectos de la vida ligados a un valor tan importante como es el de la *autonomía*, mucho más desarrollado, según este esquema, en los varones²³.

Precisando algo más los planteamientos del feminismo cultural, se atribuía a las mujeres valores como la «emoción, intuición, amor, relaciones personales..., rasgos principales del ser humano». Ello contrastaba con la teoría radical sobre el género, que analizaba que «el principio femenino no era sino el anverso del principio masculino», es decir, tenía en cuenta la dialéctica entre estas dos dimensiones. Desde una posición crítica se comentaba como «una tragedia si las mujeres convirtiéramos nuestro estado de opresión en una virtud y un modelo para la humanidad...» (Echols, 1989: 247). Celia Amorós reflexiona sobre esta cuestión en distintos escritos, como cuando se refiere al «optimismo valorativo del oprimido»: «Ya que no nos dejan hacer lo importante, decidamos que “lo verdaderamente importante” es lo que nosotras hacemos», actitud que no hace, en su opinión, «sino sancionar la impotencia para modificar la jerarquía de valores socialmente vigente» (Amorós, 1997: 388)²⁴. Como gusta de

23 Véase Gilligan (1985) para un cuestionamiento de la jerarquía entre estos valores.

24 Agradezco a Luisa Posada por su ayuda para encontrar este pasaje de Amorós.

repetir Amorós, no resignifica quien quiere sino quien puede, apelando a la necesidad de obtención de cuotas de poder para, desde ahí, lograr las resignificaciones que se nos antojen para las mujeres.

Una conocida activista, en declaraciones a Pichardo (2008), señalaba la constante desvalorización de los valores de la monogamia defendidos por, o atribuidos a, las lesbianas, de lo cual se defendía acusando a los hombres de promiscuos, por cierto que sin mayor efectividad denostativa. Lo llamativo de la cuestión es que, seguramente, ni los varones son tan promiscuos como el estereotipo sostiene, ni las mujeres tan monógamas; justamente en eso se fija Pichardo al contrastar el discurso y la presión social hacia «la pareja y el amor» con la realidad de muchas mujeres, que puede ir desde la disociación de sexualidad (con hombres y mujeres) y emotividad (con mujeres), a la práctica de tríos, bisexuales o no, vivencias de promiscuidad o parejas coyunturalmente abiertas... Si bien ello es más plausible entre las jóvenes, situaciones así son reconocibles también entre las mujeres mayores (Albarracín Soto, 2008).

Por suerte, internalización no implica necesariamente «determinismo»: «en términos psicoanalíticos –señala Dennis Wrong en un artículo clásico– decir que una norma ha sido interiorizada no significa sino que una persona sufrirá sentimientos de culpa si fracasa en vivir con arreglo a ella, no que vivirá en conformidad con ella en su conducta» (Wrong, 1976: 36). Que las mujeres (y los hombres) hayan, pues, internalizado una serie de prescripciones no quiere decir que forzosamente deban atenerse a ellas sino que experimentarán conflictos y desconciertos si no lo hacen. Que la socialización femenina condicione significativamente la relación familiar, y que el hipervínculo materno dificulte notablemente el distanciamiento afectivo para lograr hacer prevalecer la propia condición ante los progenitores, no impide la consecución de tal objetivo: de otro modo, las mujeres no saldrían nunca del armario y, sobre todo, entre las más jóvenes, este hecho es cada vez más frecuente.

En suma, podemos señalar que son numerosas las razones por las que las mujeres salen menos del armario que los varones. Los varones gays (así como trans y travestis) han sufrido una mayor represión policial y legal pero ello ha traído como contrapartida un mayor reconocimiento de su conducta. Para las mujeres, sin embargo, el ninguneo se ha traducido en una estrategia del silencio, autoasumido y heteroasignado. A la discriminación añadida por ser mujeres –vulnerabilidad económica y sexual– se une la efectividad que sobre ellas tienen los controles sociales informales.

Junto a estos motivos, en este trabajo hemos partido de la hipótesis de que cuestiones de identidad están en el origen de este comportamiento, apuntando especialmente al proceso diferencial de la socialización de género como un factor relevante para las futuras relaciones familiares, que dificulta a las hijas la completa separación psíquica respecto de las madres en su camino a la adultez.

Esa especial ligazón influye en cuanto a pensar en el «daño» que pueden causar a los progenitores a la hora de proclamar la identidad lésbica, identidad que por otra parte resulta más ambivalente –como «débil» la hemos conceptualizado aquí– en las chicas que en sus homólogos masculinos. No obstante, no es imposible romper estas invisibles barreras, como lo muestra la cada vez mayor presencia pública de las lesbianas, sobre todo las jóvenes. Con todo, siguen siendo necesarias iniciativas como las comentadas al principio del presente artículo sobre las campañas a favor de la visibilidad lésbica, señal de que aún queda mucho camino que recorrer en este proceso.

BIBLIOGRAFIA

- ALBARRACIN SOTO, Matilde (2008): «Libreras y tebeos: las mujeres lesbianas mayores», en PLATERO, Raquel (ed.): *Lesbianas. Discursos y representaciones de las lesbianas en el Estado español*. Barcelona: Melusina.
- ÁLVAREZ URÍA, Fernando (1989): «Políticas psiquiátricas. Medicina mental y control social en la España de los siglos XIX y XX». En BERGALLI, Roberto y MARI, E. (coords.): *Historia ideológica del control social (España-Argentina, siglos XIX y XX)*. Barcelona: PPU, pp. 239-284.
- AMORÓS, Celia (1997): *Tiempo de feminismo*, Madrid: Cátedra, Feminismos.
- ARNALTE, Arturo (2003): *Redada de violetas. La represión de los homosexuales durante el franquismo*, Madrid: La Esfera de los Libros.
- BAIDEZ APARICIO, Nathan (2007): *Vagos, maleantes... y homosexuales. (La represión a los homosexuales durante el franquismo)*. La Garriga: Editorial Malhivern.
- BELL, Alan P. & WEINBERG, Martín S. (1978): *Informe Kinsey sobre Homosexualidades*. Madrid: Debate.
- BENGOECHEA, Mercedes (1997): «Gramática lésbica: Lenguaje, sexualidad y el cuerpo a cuerpo con la madre». En: BUXÁN BRAS, Xosé M^a (ed.): *Conciencia de un singular deseo. Los estudios lésbicos y gays en España*. Barcelona: Laertes.
- . (2004): «Mi madre es... un hueco en el espacio: discursos poéticos y lingüísticos sobre la insignificancia materna». En: DE LA CONCHA, Ángeles y OSBORNE, Raquel (eds.): *Las mujeres y los niños primero (Discursos de la maternidad)*. Barcelona: Icaria.
- BUTLER, Judith (2001): «Prefacio». En: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México DF: Editorial Paidós Mexicana, (2ª edición).
- CASTELLS, Manuel (1998): Cap. 4. «El fin del patriarcado: movimientos sociales, familia y sexualidad en la era de la información». En: CASTELLS, Manuel, *La era de la información (Economía, sociedad y cultura)*, Vol. II. Madrid: Alianza.
- CHODOROW, Nancy (1978): *The Reproduction of Mothering*, Berkeley: University of California Press. Trad. Esp.: (1984): *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.

- CUEVAS GUTIÉRREZ, Tomasa (2004): *Testimonios de mujeres en las cárceles franquistas*. Jorge J. MONTES SALGUERO (ed.): Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- DINNERSTEIN, Dorothy (1977): *The Mermaid and the Minotaur*. Nueva York: Harper and Row.
- ECHOLS, Alice (1983): «The New Feminism of Yin and Yang». En: Snitow, Ann *et al.* (eds.), *Powers of Desire. The Politics of Sexuality*. Nueva York: Monthly Review Press.
- . (1989): *Daring to Be Bad. Radical Feminism in America, 1967-1975*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- GILLIGAN, Carol (1985): *La moral y la política. (Psicología del desarrollo femenino)*. México: D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- GIMENO, Beatriz (2002): *Primeras caricias: 50 mujeres cuentan su primera experiencia con otra mujer*. Barcelona: La tempestad.
- . (2005): *Su cuerpo era su gozo*. Madrid: Akal.
- JULIANO, Dolores & OSBORNE, Raquel (2008): «La estrategia de la negación. Desentenderse de las entendidas». Prólogo al libro de PLATERO, Raquel (ed.): *Lesbianas. Discursos y representaciones*. Barcelona: Editorial Melusina.
- MONLEÓN, Ana (2002): «Relaciones lésbicas». En: *Mujer, Cultura y Salud: Convivencia Sexual y reproductiva*. Valencia: Generalitat Valenciana, Conselleria de Sanitat. Biblioteca.sp.san.gva.es/.../MUJER, CULTURA Y SALUD. PDF.
- NASH, Mary (1989): «Control social y trayectoria histórica de la mujer en España», en BERGALLI, Roberto y MARI, E. (coords.): *Historia ideológica del control social*. Barcelona: PPU, pp. 151-173.
- OLMEDA, Fernando (2004): *El látigo y la pluma. Homosexuales en la España de Franco*. Madrid: Ed. Oberón.
- OSBORNE, Raquel (1993): *La construcción sexual de la realidad*. Madrid: Cátedra.
- . (2006) «Entre el rosa y el violeta (Lesbianismo, feminismo y movimiento gay: relato de unos amores difíciles)», *Labrys (Dossier Espagne)*, Brasilia/Montreal/Paris: études féministes/ estudos feministas junho/ dezembro 2006/ junho/ dezembro 2006. <http://www.unb.br/ih/his/gefem/>
- PARK, Robert (1924): «The Concept of Social Distance», *Journal of Applied Sociology*. Vol. VIII, pp. 339-344.
- PÉREZ SANCHO, Begoña (2005): *Homosexualidad: secreto de familia (El manejo del secreto en familias con algún miembro homosexual)*. Barcelona, Madrid: Egales.
- PERNAS, Begoña y LIGERO, Juan Andrés (2003): «Más allá de una anomalía: el acoso sexual en la encrucijada entre sexualidad y trabajo». En: OSBORNE, Raquel y GUASCH, Óscar, *Sociología de la sexualidad*. Madrid: CIS-Siglo XXI, Colección Monografías, nº 195.

- PESARRODONA, Marta (1977): «Kate Millet. El vuelo de las aves en los ojos de las damas», *Vindicación Feminista*, 1 de junio de 1977, pp. 40-41.
- PICHARDO, José Ignacio (2008): «Lesbianas o no». En: PLATERO, Raquel (ed.): *Lesbianas. Discursos y representaciones*. Barcelona: Editorial Melusina.
- PINEDA, Empar (2008): «Mi pequeña historia del lesbianismo organizado en el movimiento feminista de nuestro país». En: PLATERO, Raquel (ed.): *Lesbianas. Discursos y representaciones de las lesbianas en el Estado español*. Barcelona: Melusina.
- POSADA KUBISSA, Luisa (1998): *Sexo y esencia*. Madrid: Ed. horas y HORAS.
- PRECIADO, Beatriz (2002): *Manifiesto contra-sexual*. Madrid: Operaprima. «Prefacio» de Marie-Hélène Bourcier.
- ROMERO BACHILLER, Carmen *et al.*, (Grupo de Trabajo Queer) (eds.) (2005): *El eje del mal es heterosexual. Figuraciones, prácticas y movimientos feministas queer*. Madrid: Traficantes de sueños.
- RUBIN, Gayle (1984): «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad». En: VANCE, Carole S. (ed.) (1984): *Pleasure and Danger. Exploring Female Sexuality*. Routledge and Kegan Paul. Una selección de este libro fue traducida al español: VANCE, Carole S. (comp.) (1989): *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina*, (trads. Julio Velasco y M & Angeles Toda). Madrid: Revolución.
- SORIANO RUBIO, Sonia (1999): *Cómo se vive la homosexualidad y el lesbianismo*. Salamanca: Amarú.
- SUÁREZ BRIONES, Beatriz (1997): «Desleal a la civilización: la teoría (literaria) feminista lesbiana». En: Xosé M^a BUXÁN BRAS (ed.). *Conciencia de un singular deseo. Los estudios lésbicos y gays en España*. Barcelona: Laertes.
- . (2001): «De cómo la teoría lesbiana modificó a la teoría feminista (y viceversa)». En BENGOCHEA, Mercedes & MORALES, Marisol (eds): *(Trans)formaciones de las Sexualidades y el Género*. Madrid: Universidad de Alcalá.
- VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco y MORENO MENGÍBAR, Andrés (1997): *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (Siglos XVI-XX)*. Madrid: Akal.
- VINYES, Ricard (2003): *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona: Debolsillo.
- VIÑUALES, Olga (2000, 2006): *Identidades lésbicas discurso y prácticas*. Barcelona: Bellaterra Edicions.
- WRONG, Dennis (1976): *Skeptical Sociology*. Nueva York: Columbia University Press.

Recibido el 7 de diciembre de 2007

Aceptado el 14 de marzo de 2008

BIBLID [1132-8231(2008)19: 39-55]